

DON MIGUEL EL HIDALGO DE SAN RAFAEL DEL NORTE



Don Miguel

Pantaleón.

Ibamos llegando al pequeño pueblo mestizo de San Rafael del Norte, y cruzábamos un vallecito débilmente alumbrado por la luna, cuando advertimos de repente junto a un matorral la presencia de siete u ocho hombres que en silencio se apartaban del camino para darnos pasada. De ellos, sólo un muchacho iba a caballo, los demás a pie, uno llevaba un violín, otro una flauta y un tercero cargaba a cuestas un violón. Eran músicos viajeros que al parecer venían de tocar en algún lugar, pero como en varias millas a la redonda no había por allí ni siquiera una finquita, salvo el dicho pueblo, no podía menos de preguntarme yo qué diablos andarían haciendo esos hombres a tales horas por esos rumbos.

Cosa de las diez serían cuando mi criado Pantaleón llamaba a la puerta de don Miguel Lanzas, el único poblador de raza blanca en San Rafael, y aunque aquél era empleado del cabildo de Matagalpa —y por tanto conocido en el lugar— no nos abrieron sino hasta después de haber tomado las más grandes precauciones, como fue, por ejemplo, la de hacer que les pasáramos antes por un resquicio de la puerta las cartas de recomendación que para el señor llevaba yo. Tal era el miedo que tenían allí de los ladrones.

Y la cosa no era para menos, pues que sólo unas semanas antes habían entrado en casa de uno de los más viejos y acaudalados habitantes del pueblo a

quien asesinaron en su cama y le robaron. Los criminales, supose después, eran individuos de allí mismo, por lo que muchas familias huyeron atemorizadas. Cuando prendieron a los malhechores me enteré de que entre ellos había algunos de los que yo, como médico, asistiera en Matagalpa, y daba la casualidad, además, de que ahora era yo huésped de un familiar de la víctima de aquellos a quienes yo mismo había curado de balde.

A pesar de lo intempestivo de la hora, y de que cuando llegamos ya la familia dormía, pronto la casa entró en movimiento y comenzaron a prepararnos de comer como si fuera al medio día, a poco teníamos en la mesa una cena succulenta. Hasta el pípico don Miguel, nacido bajo la dominación española y octogenario ya, dejó la cama para venir a sentarse con nosotros. Parecía el anciano en verdad contento de tener bajo su techo a un huésped con quien conversar inteligentemente y ante quien podía volcar su ingente cofre de recuerdos, tanto así que se le pasó por alto lo entrado de la noche y lo cansado que yo estaba. Y habría continuado hablando hasta el amanecer si mis somnolientos párpados y confusas respuestas no le hubieran hecho ver que debíamos cortar la conversación.

San Rafael está a unos 5 000 pies de altura sobre el nivel del mar, y contiene alrededor de 300 familias. Fue fundado hará unos treinta años por un sa-

cerdote que se fincó allí con el fin de establecer un curato, pero en la América Central los deberes espirituales del sacerdocio suelen ir de la mano con los intereses terrenales. Pues que si bajo cierto punto de vista parece loable juntar a los pobladores aislados y dispersos en las montañas para enseñarles moral y religión, la verdad es que los intereses privados tienen también su parte en esas diligencias. Y en una localidad como esa es muy fácil para el cura hacerse de tierras y acrecentar sus bienes. Pero, en fin, cualquiera que hubiese sido el proyecto del ~~Ministro~~ ^{Ministro} del Señor, lo cierto es que escogió un paraje ideal para morada de su grey. El clima de allí es saludable y fresco, la tierra fértil, y hay tanta agua que hasta en el verano la vegetación se mantiene muy lozana. Además, sus montes vecinos abundan en maderas para leña y construcción.

Listo estaba ya para despedirme de mi noble anfitrión y continuar el viaje, cuando irrumpió nerviosamente el criado con la enfadosa nueva de que mi mula se había aventado las trancas del potrero. Por pura desidia —vicio corriente en el país— no le ataron en mancuerna las patas delanteras para que no caminara largo la mulita. Mandé en seguida a varios indios a buscarla ofreciendo una buena recompensa al que la encontrara. Entre tanto, me senté al lado del venerable anciano que parecía, frente a mi consternación, casi feliz con el contratiempo que yo sufría, y allí, con el telescopio de su memoria, trajo a mi vera los acontecimientos más remotos de su vida.

Me habló de la situación del país y la del pueblo durante el viejo régimen de la colonia, de la notoria injusticia con que trataban entonces a los indios y a los criollos, y de los onerosos impuestos que aquéllos tenían que pagar a la Corona, me aseguré que, a pesar del frasturno que pudiera haber sufrido el comercio con el cambio de gobierno, la nación había prosperado mucho, y que el indio, aun cuando sólo fuese físicamente, estaba también mejor, pues ya no se le oprimía ni perseguía. Y se civilizaba. Puntualizaba, sin embargo don Miguel, que en lo moral e intelectual el estancamiento era palmario, y que la población del país había disminuido en los últimos cincuenta años debido a las "plagas", nombre genérico aplicado por los nicaragüenses a las viruelas, al cólera, a la "tos chifladora" o tos ferina, y a muchas otras enfermedades más o menos contagiosas.

Hablamos de muchas cosas: de política francesa, de poesía inglesa, y de prosa alemana. En todo ello era un hombre muy versado don Miguel. Había leído a Byron, conocía la vida y milagros del literato y político italiano Silvio Pellico, y lo de la fortaleza de Spielberg donde estuvo éste preso, y también sabía que la volubilidad del pueblo francés había entronizado a otro emperador. Quería saber si ese Luis Napoleón no era el mismo personaje que unos años atrás, estando preso en el Castillo de Ham antes de ascender al trono, había proyectado la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua. "¡Ah!", exclamó el ilustrado hidalgo, "ese hombre, con el nombre que tiene, su estupenda energía, sus

ideas y su gran clarividencia, hubiera podido llevar a cabo la grandiosa empresa con que hemos soñado durante trescientos años!"

Nos extendimos luego sobre las ordealas sufridas por Pellico en sus nueve largos años de prisión, y por último entramos a hablar de la reciente gesta heroica de Hungría, nación por la cual sentía don Miguel gran simpatía. En suma, el carácter y los conocimientos de ese varón eran cosas de admirar en aquellas remotas montañas del interior de Nicaragua. En el corazón de aquel cuerpo ya en franca decadencia material, ardían aún la llama de la poesía y los bríos caballerescos de un alma joven.

Caía la tarde y la mula no aparecía. Pantaleón resolvió entonces jugarse la última carta: prendió dos candelas de cebo a San Antonio para que la hiciera aparecer; se arrodilló ante él, y con la hija mayor de Don Miguel le rezó unos padrenuestros. Terminada la oración encendió un puro, se acostó tranquilamente en una hamaca y dejó al santo el trabajo de encontrar al animal.

Lo que debió haber hecho, por supuesto, era maniatarlo, como queda dicho, y así no hubiera importunado al santo, pero el feliz desenlace —como se verá— convenció a Pantaleón (a quien dicho sea de paso no le importaba un ardite la demora de mi viaje) de que esa era la mejor y más cómoda manera de proceder en tales casos.

Entrada ya la noche llegó a visitarnos un comisario, especie de juez de paz, de un poblado vecino. Vestía el funcionario camisa, pantalones y sombrero, pero no llevaba zapatos. Como en el curso de la conversación saliera a relucir el asunto de mi mula, el hombre dijo que creía haber visto en el camino un animal idéntico al que le estábamos describiendo. Así pues, se ofreció, por un dólar, ir a recuperarlo, y se fue llevando un lazo.

Supe después que la tal mula era originaria de Jales, pueblo hacia el cual parecía iba enrumbando con el propósito tal vez de visitar los paisajes de su infancia en nostálgica añoranza de su viejo domicilio. Por eso, quizá, me había abandonado. Pantaleón juraba que ya el santo, habiéndoles oído, estaba trabajando, y por tanto se volvió más perezoso y negligente.

Es evidente que la dudosa comodidad de semejante enseñanza ofrece a la gente muchas maneras fáciles de rehuir la consecuencia de sus yerros.

Vuelta la mula a mis manos al fin, dispuse proseguir el viaje en la madrugada del siguiente día. Al rayar el alba, pues, salía de casa despidiéndome del buen viejo en cuyos ojos pugnaban por brotar las lágrimas. Era la primera vez que veía yo tan grande emoción en Nicaragua. Me dijo que nunca olvidaría ese 12 y 13 de marzo de 1855 que habíamos pasado juntos, mucho tiempo hacía, agregó, que no pasaba por esos lados un hijo de la civilizada Europa, y tal vez ya no volvería a ver otro. Largo rato se estuvo parado en el umbral de la puerta, y cuando subíamos la loma de la salida del pueblito me volvió para decirle adiós con mi pañuelo. Rebasámos la cumbre, y le perdí de vista.

(De la obra "Travels in the Free States of Central America", por el doctor Carl Scherzer, Londres, 1857. Traducción de Luciano Cuadra).